I Domingo de Adviento
2-XII-2007

Textos:
Is.: 2, 1-5.
Rom.: 13, 11-14a.
Mt.: 24, 37-44.

"Estén prevenidos…".

Con el 1º domingo de Adviento, comenzamos un nuevo año litúrgico, la Iglesia, gran maestra de las almas, propone de nuevo cada año la misma cuestión y en los mismos términos objetivos; su liturgia, repite puntualmente las celebraciones de las mismas fiestas, de los mismos temas doctrinales y espirituales. Decir repetir no es exacto, debemos decir renueva, pero no al modo de círculo que retorna sobre sí mismo, sino más bien como un espiral que asciende para los hombres que acogen su guía pedagógica.

"Ella, la Iglesia, nos enseña a considerar -dice Pablo VI- el tiempo como una face experimental, sumamente responsable, y que nos introduce en la eternidad; una vigilia existencial hacia una nueva vida, más auténtica y más conciente; una peregrinación dirigida hacia una meta de plenitud y de felicidad" (Alocución dominical, 8-XII-1974).

Hoy los textos sagrados, son un llamado a la responsabilidad, a la vigilancia y a la conversión, pues hoy y siempre los cristianos tenemos que hacer frente a mentalidades de un mundo que nos invade, especialmente en nuestro modo de pensar si no estamos vigilantes.

Al comenzar el tiempo fuerte de Adviento, el Señor nos hace un llamado, primero a la responsabilidad que debemos tener en el uso de nuestra libertad, no sólo para llevar una vida digna de ser humano e hijos de Dios, sino también en relación con su destino eterno, pues "el Hijo del hombre vendrá a la hora menos pensada" (v. 44).

Hermanos, no sólo pensemos en el juicio final, san Pablo nos habla de la proximidad de Dios en el tiempo de nuestra vida; Dios irrumpe en la historia, desde lo alto; viene para todos a una hora que nadie espera, por eso hay que permanecer en estado de alerta, hay que estar siempre esperándole.

El Señor nos pide vigilancia para navegar en un mar, y con un viento que no siempre nos es favorable, pues debemos distinguirnos de un mundo, una cultura que es pobre en esperanza o, que a lo sumo aspira a metas intramundanas.

El cristiano es alguien que vive en vigilia, despabilado y atento, para no adormecerse.

Debemos aprovechar el tiempo que Dios nos regala; debemos "cuidar de nosotros mismos -dice san Doroteo de Gaza, s. VI-, seamos vigilantes. ¿Quién podrá devolvernos el tiempo si nosotros lo perdemos?".

También san Pablo nos habla de dejar los excesos: "basta de excesos en la comida y en la bebida, basta de lujuria y libertinaje, no más peleas ni envidias" (Rom. 13, 13).

Hoy los excesos son casi un estilo de vida, que muchas veces llevan a la muerte, especialmente entre los jóvenes, que pierden la vida por el exceso en la velocidad, el

alcohol, en la vida sexual, etc.; se vive en un estado de exceso, el cadáver del joven de hoy, tapa al de ayer. Ante esta irracional y dolorosa realidad, nos vamos olvidando que es la virtud, donde está, como se logra. Doroteo de Gaza nos enseña que "hay tres estados para el hombre: 1º el que pone por obra sus pasiones, 2º el que las controla, y 3º el que las arranca de raíz. Practicar una pasión es realizar sus actos y entretenerse en ella. Controlarla no es ni practicarla ni arrancarla, sino razonando sobrepasarla, aunque la conserve en su corazón. Arrancarla de raíz es luchar y realizar actos contrarios a ella" (X Conferencia). Por eso, este Padre del desierto no cesa de repetirnos: "apresúrense a arrancar las pasiones antes que se transformen en hábitos" (id.).

La espiritualidad del Adviento, también es un llamado apremiante a la conversión, que se actualiza cada año, un llamado que resuena en las palabras de san Pablo: "Abandonemos las obras propias de la noche y vistámonos con la armadura de la luz" (v. 12).

Hermanos, las virtudes no han pasado de moda, sigue siendo válido aquello de que "el hombre que se encuentra revestido de las virtudes es preciso a los ojos de Dios, y aunque parezca que come, bebe y duerme como el resto de los hombres, sus virtudes lo hacen valioso. Al contrario, si carece de vigilancia y no cuida de sí, fácilmente se aparta del camino, sea a la derecha, sea a la izquierda, es decir hacia el exceso o la falta, y provoca esa enfermedad que es el mal" (S. Doroteo, id.).

La falta de virtud nos adormece y nos lleva a una muerte espiritual que es peor que la muerte temporal, pues "los cadáveres espirituales permanecen más tiempo desecados que los cadáveres temporales, antes de la descomposición. Pero no por eso dejan de ser cadáveres" (H. de Lubac).

En definitiva, el tiempo de Adviento, es un llamado a la conversión y a la fe, pero también a la vigilancia.

Pidamos al buen Dios, que "nos dé la fuerza, sino para arrancar la pasión, al menos para no ponerla por obra, para contenerla" (Doroteo, id.). y que en su bondad nos proteja, nos haga vigilantes y nos guíe en su camino!

Amén.

G. in D.